

Hans-Ulrich Gumbrecht*

◉ Américo Castro y la historia de los debates sobre la identidad española**

En pocos países europeos el concepto y la práctica de la ‘cultura de la memoria’ han dejado atrás tan claramente su cenit como en Alemania –¿o cabría mejor decir que en ningún otro lugar han cumplido tan ampliamente con su función?-. Las consecuencias de esta primacía son decisivas y no pocas veces han suscitado la admiración a la vez que el asombro: ninguna otra capital del mundo –escribió el *New York Times* al cumplirse sesenta años del fin de la Segunda Guerra Mundial– conmemora como Berlín, con un monumento en pleno centro, el momento de su mayor vergüenza nacional. Por supuesto la presión de enfrentarse con el pasado próximo fue menos fuerte en países como Francia o incluso España e Italia, lo que en buena parte sirve para explicar por qué en éstos el recuerdo de la propia historia durante el segundo cuarto del siglo XX raramente se produjo sin rodeos mitigadores, antes de que la generación de testigos y autores hubiera desaparecido.

En este sentido, y sorprendentemente, hubo que esperar hasta hoy para que la retrospectiva española sobre la victoria de los nacionalistas bajo el general Franco en abril de 1939 y sobre la década de Guerra Mundial y el aislamiento absoluto que siguió al fin de la Guerra Civil se produjese bajo el esquema explícito de una polarización de derecha e izquierda. Tras la muerte de Franco a mediados de los años setenta y la implosión de su dictadura militar con fachada fascista fue justamente éste el esquema que se trató programáticamente de evitar para minimizar desafíos potenciales por parte de los tradicionalistas durante la transición hacia un gobierno democrático. La lección aprendida de la Guerra Civil fue que ninguna otra sociedad europea se encontraba separada por tan hondas diferencias ideológicas en dos ‘naciones’ irreconciliables como la española. En la monarquía constitucional hoy, el clima general que gusta de autocelebrarse como ‘progresivo’ es, en cambio, lo suficientemente valiente –o bien históricamente ignorante– para asignar legitimidad moral exclusiva a la tradición republicana-izquierdista como, del mismo modo parcial, acusar de crímenes de guerra únicamente a la ‘sublevación’ nacional-católica. Asimismo, recientemente llegó a despertar el interés a escala mundial un juicio en

* *Ocupa la Cátedra de Literatura Albert Guérard y es profesor titular del Departamento de Literatura Comparada de la Universidad de Stanford. Sus principales líneas de investigación son: literatura y cultura medievales, literaturas española, francesa, alemana y (en menor grado) italiana a partir del Renacimiento, literatura brasileña y argentina de los siglos XIX y XX, estética, historia de las ideas, historia de la ciencia e historia intelectual. Ha escrito numerosos libros, entre ellos últimamente Elogio de la belleza atlética (2006).*

** Traducción de Fabián Sevilla. El artículo apareció originalmente en: Hans-Ulrich-Gumbrecht (2009): “Américo Castro und die Geschichte der Auseinandersetzungen über Spaniens Identität”. En: *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (01.04.2009).

contra de las reservas que pudieran tener los parientes del difunto poeta Federico García Lorca respecto a la exhumación de su cadáver para investigar aún más detalladamente las ya bastante conocidas circunstancias de su muerte a manos de un piquete de ejecución nacionalista al comienzo de la Guerra Civil.

En este clima nace una nueva tensión entre la codificación clásica-ideológica de la identidad española y otra codificación política. Esta segunda codificación es el esquema que contrapone una cultura nacional con afán de presentarse como ‘castellana’ y homogénea, a las tendencias independentistas de las diferentes culturas regionales –o en plural: nacionales– en la Península Ibérica. Pero mientras en tiempos de la dictadura y de la transición la izquierda siempre intervino a favor de las tendencias centrifugas, hoy día el partido gubernamental oficialmente ‘socialista’ se ve también heredero de la tradición anti-centralista y trata de imponer una concepción homogénea.

Dentro de esta complicada situación que ha llevado a un inabarcable despedazamiento de grupos y programas políticos, pero también dentro de nuevas líneas de tensiones de poder e ideología de ámbito global, una nueva concepción de la identidad española llama la atención. El filólogo Américo Castro, desde 1936 docente en Princeton, la venía propagando, con siempre más diferenciaciones, desde la publicación de su *opus magnum* *España en su historia* en 1948. Para Castro, la identidad de la cultura española se inicia con la sorprendentemente pacífica ‘convivencia’ de cristianos, musulmanes y judíos en la Península Ibérica durante la Edad Media: los cristianos dominarían, según él, en funciones militares, los judíos en la administración y los musulmanes en la producción de bienes materiales. Con el comienzo de su predominio político a partir del siglo xv, los cristianos habrían adoptado una obsesión específicamente judía de ‘pureza’ cultural (‘casticismo’) para desacreditar a la misma religión judía y la ‘impureza’ del trabajo material, típico de los musulmanes. La base de la concepción identitaria de Castro es pues una tesis paradójica: la cultura cristiana, con su espíritu en un primer momento abierto con respecto a otras religiones, no sólo habría adoptado una cantidad de formas y contenidos particulares, como por ejemplo el significado del peregrinaje a Santiago en analogía al viaje a la Meca de los musulmanes o una tendencia judía mística de interiorización en la autorreflexión religiosa, sino que también habría adoptado la intolerancia, primero simple ética guerrera para luego ser convertida en fanatismo fatal con obsesiones de ‘limpieza’. Dicho de otra manera: los peores extremismos de intolerancia cristiana serían el resultado de una inicial apertura de espíritu.

Como han hecho ver numerosas y tempranas críticas factuales por parte de los historiadores, la importancia de la perspectiva castrista sobre la cultura nacional española no reside en la producción de datos históricos tan nuevos como irrefutables, sino en la combinación de una sensibilidad con respecto a culturas ajenas, el desarrollo de oposiciones binarias hacia una estructura ternaria de dimensiones más complejas, y la abstención rigurosa de una codificación exageradamente moral. El que Américo Castro nunca pudiera ser instrumentalizado sin contradicciones –ni por la derecha ni por la izquierda, ni por los que postulan una forma identitaria centrifugal para España ni por los que postulan una centrípeta– es el resultado de una biografía intelectual que –aquí reside otra paradoja– fue, bajo tantos puntos de vista, típica para el tiempo en el que vivió Castro, que al final se convirtió –de manera productiva– en excéntrica.

Su nacimiento en 1885 en Río de Janeiro como hijo de un mercader granadino, del cual recibe –quizás en un acto de perdurable orgullo colonial– el nombre ‘Américo’, ya

es una de estas ‘casualidades objetivas’ que parecen destinadas a imponerse a la realidad. Gracias a su fecha de nacimiento –cuatro años después de Picasso, dos después de Ortega y Gasset, dos años antes de Leo Spitzer y catorce antes de Federico García Lorca– Américo Castro tuvo la edad justa para, por un lado, vivir el momento de la más grande humillación nacional de España al perder, en 1898, la guerra de Cuba contra los E.E. UU. y, por otro, celebrar y aplaudir desde una posición académica y ya autoritaria la autorrepresentación de la cultura española sobre el escenario del modernismo, iniciada por el homenaje a Góngora en 1927. En reacción a 1898 Castro pertenecía a la clase de intelectuales que se comprometía en la imposición de un estándar científico en España, pero quedó, al mismo tiempo, demasiado impresionado por la fuerza del arte y de las literaturas modernas como para totalizar la relevancia cultural de la ciencia.

Dado que Castro –al igual que Buñuel, Dalí y Lorca– fue educado en el seno de una tradición nacional-pedagógica que se nutría de posiciones histórico-filosóficas y liberales de la Primera República del siglo XIX, su posición respecto a la Segunda República de 1931 fue soberana, es decir, a veces muy distanciada. Le reprochaba al gobierno su evolución hacia posiciones socialistas cada vez más claras, que le parecían corresponsables de que estallara la Guerra Civil. Aunque Castro nunca ponía en duda su vocación republicana existe hoy en España la tendencia de silenciar estas posiciones críticas suyas o incluso de ignorar toda su obra a causa de ellas. Con todo, es innegable que dimitiera de su cargo de embajador español en Berlín, que su crítica de la política cultural de los diferentes gobiernos de la República –publicados por el diario *El Sol*– fuera de una agudeza insuperable y que dejara España ya al inicio de la Guerra Civil y no sólo cuando la balanza militar comenzara a inclinarse en contra de la República.

Tras escalas en América del Sur y del Norte, Américo Castro, que nunca calificó su situación como ‘exilio’, encontró una segunda patria nacional en los EE. UU., y una patria intelectual en Princeton. En 1940 dio allí su ponencia inaugural sobre “The Meaning of Spanish Civilization” [que lo hiciera en inglés ha quedado como una excepción, hasta hoy, para los hispanistas en América]. Omitiendo toda referencia al pasado inmediato de la Guerra Civil, la conferencia empezó con una tesis que rompía con los tabúes existentes: que la cultura española iba a parecer irremediabilmente inferior dentro del concierto europeo mientras que se la siguiera calificando aplicando los criterios de la Ilustración. Su particularidad y fuerza, concretizadas en las obras de los españoles verdaderamente grandes, como Cervantes, Goya, Picasso o Lorca, se basaban en una espiritualidad enfocada con una mirada de cotidianeidad. Pero las raíces históricas de esa espiritualidad no serían rastreables mediante métodos científicos, sino sólo gracias a una sensibilidad y una intuición histórico-literarias, constataba Castro con referencia a Dilthey y a Heidegger.

No hablaba Castro aún, en 1940, de las culturas judía e islámica. A base de su temprana fascinación por la literatura judía, que en los años veinte hizo correr la voz de que él mismo era judío, pero también con unos conocimientos de las lenguas correspondientes que no superaban el diletantismo –como más tarde se objetó– Castro desarrolló entre 1940 y 1948 los fundamentos de su compleja tesis acerca de la identidad cultural de España, apoyándose únicamente en la sensibilidad y la intuición. Una y otra vez subrayó que esta gran concepción no le hubiera resultado fuera de su entorno americano. Efectivamente existe por lo menos una estructura central en el pensamiento estadounidense contemporáneo que Américo Castro pudiera haber asimilado de su entorno y que se

muestra por ejemplo en las obras de William Faulkner y Ralph Ellison. Esta estructura se relaciona con el hecho de que en ningún otro país fueron tan fuertemente dominados por un quietismo cultural los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial como en EE. UU. Un quietismo que procuraba alejar los problemas actuales del centro de atención pública para acercarse a ellos desde la distancia de la historia, como por ejemplo la historia de la guerra civil americana o la historia de la constitución como nación en el siglo XVIII. Éste fue también –con intervalos cronológicos considerables– el camino que emprendió Castro, partiendo del presente de mediados del siglo XX y pasando por la Edad Media para llegar a su tesis sobre la identidad cultural de España.

Con la terquedad del erudito envejecido, Castro, en sus últimos años de vida, no expresó sino menosprecio por todos los accesos más directos al pasado. El día 23 de julio de 1972, tres días antes de su muerte, le escribió al joven novelista Juan Goytisolo, que se había apasionado por sus ideas: “[E]stamos hoy sometidos a la dictadura de un proletariado intelectual. En ese punto, el providencialismo de los piadosos obreros de Dios coincide con el mesianismo de los economólatras. Lo malo es estar yo tan viejo y exhausto” (Rodríguez 1997: 140).

Bibliografía

Escudero Rodríguez, Javier (ed.) (1997): *El epistolario. Cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo [1968-1972]*. Valencia: Pre-Textos.